

“*Todo por los chicos*” o las disputas en torno de los sentidos de la política. Planes de empleo, nociones legitimadoras y proyecto colectivo en un espacio de sociabilidad local

María Victoria D’Amico
(CONICET-UNLP)

Introducción

Cuando en 2002 la política de planes de empleo se masificó, la asistencia social pasó de tener un papel residual a constituir parte explícita de las políticas de Estado. Este proceso promovió que diversos actores pugnarán por los modos de distribución y gestión de los recursos “planes”, así como por legitimar su lugar en la trama de vínculos que este modo de intervención estatal comporta.

El presente trabajo tiene por objetivo comprender las formas de politicidad y las subjetividades colectivas que se constituyen en aquellos espacios de sociabilidad que experimentaron y sostienen aún experiencias de organización comunitaria en las que los sectores populares se vinculan con el Estado a través de la gestión de políticas sociales, aún cuando no se configuraron en emergentes de protesta social. ¿Cómo estas experiencias han incorporado la política social en la vida local? ¿De qué manera piensan, viven, sienten y actúan la “política” aquellas personas que, siendo integrantes de una organización, no necesariamente disputan mediante acciones colectivas de protesta en el espacio público? Entendiendo con Merklen que la politicidad engloba al “conjunto de sus prácticas, su socialización y su cultura políticas” (2005: 24), desentrañar las relaciones que suceden cotidianamente dentro de las organizaciones y el modo en que se constituyen allí sentidos y dinámicas, nos permite comprender las lógicas y prácticas políticas de aquellos grupos que se encuentran atravesados por lógicas de intervención estatal, a partir de la gestión de planes de empleo.

Con ello, contribuimos a profundizar el conocimiento acerca de cómo, más allá de la temporalidad de la protesta social, las personas inmersas en experiencias de organización locales conjugan criterios individuales y colectivos para construir soluciones a las situaciones problemáticas que se les presentan en el marco de dichas relaciones, configurando así subjetividades colectivas y proyectos que, aun con sentidos polisémicos y en permanente disputa, se articulan en experiencias comunes.

Pensar el proceso de *constitución* de sujetos nos lleva a su vez a dar cuenta de los diversos condicionamientos que atraviesan las realidades colectivas; asimismo, en la acción la subjetividad se comporta como ejes direccionales potenciales de lo social, articulando las diversas instancias temporales desde el presente. Por último, nos orienta a indagarlos como condensadores de historicidad, entendida ésta en un doble alcance: como fruto del pasado y como presente que contiene las posibilidades del futuro (Zemelman-Valencia 1990: 90). La preocupación por el sujeto y su génesis modifica nuestra relación con la historia, que deja de ser simple antecedente para devenir parte de nuestra experiencia del presente, donde se encuentran las posibilidades de desenvolvimiento hacia un futuro por construir (Zemelman, 2005).

Ahora bien, para comprender nuestra preocupación, recordemos que durante los noventa se acentuó el carácter neoliberal de la dominación hegemónica. Si el modo de intervención del Estado se vio modificado de manera estructural en múltiples dimensiones, aquí nos detendremos en una particularidad: la asistencia social pasó de ser residual a formar parte explícita de las políticas de Estado (Cortés, Groisman y Hosowski 2003: 3). Con ello, se profundizó la implementación de políticas focalizadas, cuyo punto de inflexión estuvo dado por la masificación de los planes de empleo posterior al estallido social de diciembre de 2001, estrategia política que permitió garantizar la gobernabilidad en un contexto de cuestionamiento político expresado en la consigna “que se vayan todos”¹. No obstante su novedad en cuanto al alcance cuantitativo del beneficio, el plan sostuvo las limitaciones de la política anterior: asistencialismo, focalización y precarización (Rossi-Pautassi-Campo, 2003; Guimenez-Zibecchi 2005).

1 Creado mediante el decreto N° 565 del 03/04/2002 el Programa Jefes y Jefas de Hogar desocupados consistió en una prestación dineraria de \$150 mensuales, a cambio de la cual el beneficiario realiza una contraprestación laboral de 4 hs diarias. Al mes de abril de 2003, el programa alcanzó a 1.987.875 beneficiarios (CELS 2003). Coinciden en la cifra Svampa-Pereyra 2003, Delamata 2004.

Si como afirmamos hasta aquí el orden neoliberal estableció formas específicas de dominación en las que la gestión de planes asumió un papel relevante, nos interesa indagar qué hacen los sectores populares que gestionan y administran planes de empleo en sus experiencias cotidianas, para comprender los modos en que constituyen subjetividades subalternas y cómo configuran en su cotidianidad al Estado y con ello actualizan sentidos sobre el orden social en las tramas más densas que organizan sus prácticas.

Este trabajo relata una experiencia de organización local situada en un rincón del Gran La Plata, una copa de leche situada en Villa Arroyo² que analizamos en tanto que espacio de interacción que aglomera diferentes formas de presencia estatal, conflictos en torno a la definición de las necesidades locales y la posibilidad de imbricar criterios individuales de participación en el marco de un proyecto colectivo que estabiliza prácticas y relaciones. Para ello, realizaremos el siguiente recorrido. En primer lugar, reconstruimos críticamente los trabajos que abordaron la problemática de las organizaciones sociales y su vinculación con los planes, sus alcances y limitaciones. En segundo lugar, introducimos de lleno el caso analizado. A lo largo de su presentación pretendemos, por un lado, explicitar el enfoque metodológico elegido para el estudio y extraer algunos corolarios de las potencialidades que ofrece un abordaje centrado en la cotidianidad. Por otro, desentrañar una serie de particularidades que permiten establecer puentes entre el caso abordado y las preocupaciones teóricas que dieron origen al trabajo. Así, presentamos las tensiones respecto de los sentidos de la contra-prestación que aparecen y circulan en estos espacios de sociabilidad local; las diferentes maneras en que se vive, siente y organiza la política en lo que hemos denominado la “forma social copa” y los vínculos que se establecen con otros actores barriales y extrabarriales; por último, las justificaciones a partir de las cuales las personas significan su participación en la organización, y la manera en que éstas tornan posible la convergencia de intereses múltiples y el sostenimiento de un proyecto colectivo. Finalmente, exponemos unas breves reflexiones.

2 Se le llama “copa de leche” a los espacios que funcionan en el barrio para dar la merienda a los niños, en este caso utiliza recursos del Estado nacional (planes de empleo), así como alimentos provistos por el municipio. La ciudad de La Plata tiene un intendente municipal y está organizada políticamente en 18 delegaciones, cuyos administradores deberían ser elegidos por los vecinos. El único año en que se realizó una elección fue en 2000, hoy los delegados ocupan su cargo dependientes del ejecutivo local. Situada al noreste de la ciudad, Villa Arroyo tiene una población de alrededor de 15.000 habitantes. Su particularidad es que está próxima a un canal de agua alrededor del cual viven las familias cuyos hijos asisten a la copa. Éstas viven en condiciones de precariedad material, no sólo por la proximidad a ese afluente de agua contaminado, sino porque las casas suelen ser devastadas por el agua por tratarse de una zona inundable.

Los puntos de partida: algunas perspectivas

Diversas líneas de trabajo permiten situar el problema. En primer lugar, a lo largo de los años noventa se profundizó en nuestro país la estructuración de una sociedad “de riesgo” (Beck 1998) que adoptó la forma de una sociedad “excluyente” (Svampa 2005), caracterizada por la pérdida de soportes institucionales en los cuales anclar la experiencia individual y colectiva, así como del horizonte de futuro (particularmente por la inestabilidad asociada al desempleo) contribuyendo con ello a la profundización de un proceso de “individuación” (Robles 2000) así como a la emergencia de “sujetos a la incertidumbre” (Murillo 2002). En este contexto, los planes de empleo se incorporaron como recursos en las estrategias de las organizaciones sociales estabilizando “islotos de certeza” (Vommaro 2006: 171) en la vida cotidiana de quienes soportan “en los márgenes” (Merklen 2005) las condiciones que impone la Argentina neoliberal, y pusieron de relieve la tensión entre intencionalidad individual y proyecto colectivo presente en la acción comunitaria.

En segundo lugar, a partir de 2002, diferentes trabajos especifican el modo en que el Estado incide en la articulación de la sociabilidad de los sectores populares mediante decisiones políticas que marcan puntos de inflexión en las condiciones de lucha, disputa y resistencia; es decir, contra todo diagnóstico liberal de desplazamiento de las instancias de intervención pública hacia el mercado, estos trabajos evidencian su presencia sostenida como actor que trastoca condiciones estructurales de organización y rearticula relaciones sociales³.

Para comprender estas dinámicas políticas, indagamos las experiencias de organización en interdependencia con el Estado (Sigaud 2005), entendiéndolo como un actor plural e insoslayable para pensar la políticas sociales a nivel local (Acuña, Jelin y Kessler 2006: 14). En este sentido, la gestión cotidiana de planes de empleo constituye un indicador de un proceso de producción conjunta de políticas estatales y modalidades de acción de los grupos subalternos (Manzano, 2009: 291), y en su despliegue podemos comprender no sólo cómo el Estado se inscribe en el barrio, sino cómo lo local se inscribe en aquél (Frederic 2009).

³ Según Manzano, los planes fueron “la forma específica de intervención estatal” de mediados de los noventa. Discute con aquellas posturas que plantean que fueron el modo de establecer un sistema informal de la política en aquellos espacios donde el Estado no llega (2007: 193).

En tercer lugar, los análisis centrados en la vinculación específica entre organizaciones de desocupados y planes de empleo reconstruyeron los circuitos de circulación, modos de vida e identidades de los sectores populares marginados por el Estado en su carácter integral de “ciudadanos” y plantean que los planes adoptan significados inmersos en una trama organizacional que los excede, constituyéndose a la vez en recursos políticos, económicos, sociales y simbólicos.

Si bien partimos de estos estudios, nos distanciaremos de ellos en cuanto al tipo de organizaciones que tomaron como objeto. Según el actor que media entre el Estado y los beneficiarios en la distribución de planes, han diferenciado de modo general, por un lado, beneficiarios insertos en redes “punteriles”, que realizan la contraprestación en las delegaciones municipales (Auyero 2001; Barattini 2003); por otro, quienes utilizan los planes en el marco de proyectos políticos de demanda y, en algunos casos, de confrontación con el gobierno nacional, como parte de lo que la literatura ha denominado “organizaciones piqueteras” (Lenguita 2001; Vommaro 2003; Bidaseca 2004; Svampa-Peyreya 2003; Massetti 2004; Delamata-Armesto 2005; Merklen 2005; Gómez 2007).

Estos enfoques arriesgan quedar presos de dos problemas, por un lado, situar a las organizaciones de un lado de la polaridad miserabilismo/populismo que criticaran Grignon y Passeron (1989)⁴; por otro, implementar la distinción entre “lo social” y “lo político” como ámbitos autónomos de la realidad social (Frederic, 2009: 251). Así, en los estudios sobre la protesta en la Argentina, ésta aparece enmarcando un proceso de repolitización de las relaciones sociales frente al trabajo reivindicativo que, limitado al ámbito local y a las prácticas que permiten la supervivencia, es entendido como una acción reproductivista del orden social.

4 El miserabilismo restringe las motivaciones de las acciones a las necesidades materiales, como si éstas fuesen dadas y no construidas socialmente en un marco de percepción específico. Condenados a su situación material, los individuos actúan guiados por esas carencias, sin aparentes mediaciones entre la situación estructural de escasez y la acción. La perspectiva populista arriesga otro peligro: pretende reconocer en los sectores populares una capacidad de emancipación que les permite constituir acciones más allá de las relaciones de dominación en las que se encuentran. La transformación del estigma en resistencia tiende a atribuir una capacidad de acción que muchas veces desconoce que los grupos sociales se encuentran necesariamente vinculados con otros en relaciones que los oprimen, énfasis que lleva a la recaída en un autonomismo que niega la constitución los lazos sociales asimétricos y de interdependencia, en tanto existe la necesidad de mutuo reconocimiento. Grignon y Passeron (1989).

Advirtiendo esta dificultad, diversos trabajos han criticado radicalmente el uso de los pares dicotómicos clientelismo/resistencia, clientelismo/protesta con que han sido pensadas las organizaciones de desocupados en nuestro país, sus prácticas y actores (Grimson 2003; Ferraudi Curto 2006 a y b, 2009; Quirós 2006 a y b; Retamozo 2006; Vommaro 2006; Manzano 2007; Frederic 2009). Dichos estudios indagan los sentidos de la política en las tramas cotidianas de las organizaciones y/o barrios donde las personas circulan, para comprender de manera interrelacionada los vínculos entre protesta, gestión de recursos y sociabilidad local. En esta línea se sitúa nuestra propuesta.

La vida organizacional desde la cotidianidad: el caso

Con el objetivo de desentrañar las formas de sociabilidad y politicidad que se entrecruzan en la copa de la delegación de Villa Arroyo reconstruimos algunas experiencias de organización desde una perspectiva de corte etnográfico. A través de un conjunto de “escenas dramáticas” (Milstein, 2009: 47) presentaremos la cotidianidad de la organización en algunos nudos significativos que condensan los problemas mencionados⁵.

Cabe aclarar que partimos de pensar a la experiencia como *mediación* entre realidades y sujetos (León Vega 1997: 67), instancia que nos permite comprender cómo en momentos coyunturales marcados por procesos estructurales de más largo plazo, los actores constituyen acciones a partir de esquemas de percepción que median y significan una situación para constituir una acción específica (Thompson 1989: 38). Así, dar cuenta de la experiencia humana conlleva la tarea de reconstruir los esquemas de percepción con los cuales las personas significan, clasifican y denominan su realidad y su acción conjugando trayectorias que, si bien particulares, son siempre intersubjetivas (Heller 2002 [1977]; Lindón Villoria 2000; Schutz y Luckman 2003). Pero además, nos presenta el desafío de reconstruir los fenómenos como “realidades polirrítmicas” (Valencia García 2002: 10). Es decir, debemos considerar que

⁵ El recorte de trabajo de campo que se presenta es parte del trabajo para la Tesis de Maestría en Ciencias Sociales (UNGS). La reconstrucción surge de visitas realizadas a la copa tres veces por semana entre septiembre de 2008 y mayo de 2009. Los nombres de las personas y organizaciones así como las referencias locales han sido modificados.

los actores se desenvuelven en “múltiples recortes de realidad” (Zemelman 1992: 55) y que por lo tanto, reconstruir sus relaciones y dinámicas implica indagar cómo se conjugan los diferentes tiempos que se articulan en esa experiencia particular, sin prescindir de ninguno de ellos.

La copa de Rosa

“Este día no paran de llegar chicos. Si habitualmente hay alrededor de 30-35, esa tarde son más de 50. Primero llegan los chicos de jardín de infantes: algunos acompañados por sus madres, otros por sus hermanos mayores. Luego, llegan los nenes más grandes, de 10-12 años. La mayoría de ellos se conocen entre sí: grupos de hermanos que a su vez son primos, muchos de ellos a su vez comparten las clases en el mismo colegio. Es notoria la manera en que circulan hoy. Elsa dice que es porque cerró la copa de Estela, que estaba a dos cuadras de allí. Marta no ensaya ninguna explicación. Vacía la olla y pone a calentar más leche, ya que la que había preparado no alcanzará. Mientras Verónica sirve y ofrece el pan con dulce de esa tarde, Elsa enjuaga las tazas que volverán a ser usadas una y otra vez. (Entrada al diario de campo, octubre de 2008.)

Llego a la copa remitida por una experiencia previa de investigación allí, y encuentro dos mujeres charlando afuera. Pregunto por Dora. “*Ya no es más la encargada*”, me dice una mujer que poco a poco reconoceré como Rosa, la nueva “encargada” de la copa, quien inmediatamente reconstruye su paso por el comedor: hace 8 años que trabaja allí, comenzó “*ayudando*” con el Plan Trabajar. Había por entonces un cocinero municipal (recibía un salario del municipio) y daba de comer a las familias del barrio todos los mediodías. Hacia 2003, el municipio dio de baja ese cargo y Rosa quedó sola en la cocina. A partir de las elecciones de octubre de 2007, cambiaron las autoridades locales: tras 16 años de gobierno, el intendente pierde las elecciones y accede al ejecutivo municipal su principal opositor⁶. Aunque ambos candidatos están vinculados con el Partido Justicialista, la puja histórica que venían sosteniendo en la ciudad implicó un reacomodamiento de diversas áreas de trabajo local. Si bien no podemos desglosar las repercusiones del cambio de gestión, reconocemos una serie de modificaciones inmediatamente visibles el comedor de manera coincidente con estas transformaciones. A fin de 2007 fue cortado el suministro de gas y retirado el medidor, y a principios de 2008

6 Nos referimos a las elecciones que se llevaron a cabo junto a las elecciones presidenciales, el 28/10/2007.

comenzaron a dar a los beneficiarios una tarjeta⁷ para comprar alimentos, mientras que los comedores siguen repartiendo la “mercadería”⁸ que semanalmente sólo entre quienes no la han recibido.

En julio de 2008 Rosa se hace cargo del comedor. El relato que circula dentro de la copa es que hubo una juntada de firmas de los vecinos solicitando al nuevo delegado la permanencia de Rosa. “*Amenazaron al delegado con prender fuego el comedor si no les hacía caso*”, dice ella entre risueña y orgullosa: sabe que en su relato se juega la capacidad de mostrar el lugar que ocupa en el barrio. A la versión “disruptiva” de los vecinos, se suma otra posible explicación, en un comentario de Rosa. “*El delegado sabe que yo puedo mover gente. Él tiene gente acá, pero sabe que a él no lo van a seguir. A mí sí. Me reconocen en el barrio, desde hace 8 años que estoy acá. Yo se a quién puedo ir a buscar cuando lo necesito. Y se que van a estar*”. Rosa conoce al nuevo delegado y si bien dice que el comedor no es “*para hacer política, tal como hacía Dora*”, los vínculos con el sistema político local emergen en cada una de sus palabras.

Hacia octubre de 2008 y con Rosa a la cabeza, el municipio comienza a equipar la copa: una cocina nueva, sillas de plástico y vajilla, y finalmente en diciembre se realiza la reconexión de gas. Más allá de estos avances, el comedor no se ha abierto. La copa da la merienda de lunes a viernes a un grupo de niños que en su mayoría asiste al establecimiento educativo que se encuentra en contigüidad, de cuya institución la copa ha tomado su nombre. Son aproximadamente 40 niños que pasan a tomar el té, aunque la cantidad fluctúa según el clima—el calor del verano muchas veces desanima a los niños a acudir por una taza caliente de té—y la merienda que de el colegio ese día—cuando son más sustanciosas, especialmente en fechas patrias, los niños pasan por la copa después de la merienda, solo a saludar—.

7 La tarjeta es parte de un plan nacional a través del cual el beneficiario recibe un monto de dinero que puede gastar para comprar mercadería, que va de un mínimo de \$120 mensual a \$180 por familia, según la cantidad de miembros. Fue parte de un plan municipal orientado a redistribuir la asistencia alimentaria en relación a las familias y no a los comedores. Al momento aproximadamente 62 familias reciben la tarjeta.

8 Bajo la denominación “mercadería” refieren a la verdura que una vez por semana llega a la copa y a los alimentos secos que reparte directamente la delegación. Queda abierto el interrogante por los sentidos de esta noción que hoy se encuentra incorporada en las prácticas de quienes se encuentran en redes de asistencia estatal. Según Manzano, las políticas públicas se caracterizan, entre otras cosas, por cimentar un vocabulario, en el que circulan las nominaciones de *beneficiarios, proyectos, unidades ejecutoras* (2007: 124).

“*Obligación, trabajo, contribución*”. La contraprestación de planes

Marta hace 5 años que comenzó a participar del comedor, se había alejado y volvió a la copa de leche “*porque Rosa me pidió que venga acá*”. Participó en un taller de costura donde hacían guardapolvos para los niños y delantales para las mujeres, una panadería, y luego en la apertura del comedor. “*Uno está acá tapando agujeros...*” dice. Verónica cobra el plan “*por los piqueteros*”⁹ pero eligió trabajar en esta copa. Elsa recibe una pensión para amas de casa de \$200, por lo que dejó de recibir el plan JJH. Sin embargo, aún participa en la copa porque quiere “*ayudar a Rosa*”. Al final de la tarde, y como todas las anteriores, Elsa coloca en dos botellas plásticas el te y la leche que han sobrado. Con sus 69 años Elsa encuentra en este espacio barrial la posibilidad de acceder a la leche que de otra manera no conseguiría. Cuando Marta y Elsa llegaron a la copa ya conocían a Rosa y además se conocían entre sí, porque son vecinas del barrio: “*Por eso nos hemos hasta agarrado de los pelos, porque todo queda en el barrio*” dice en tono jocoso Marta. Si Elsa participa de la copa pese a que ya no tiene una obligación respecto del plan, también nos encontramos con el caso inverso: personas que cobran el plan JJH y que no van a contraprestar.

En este sentido, Marta discute con Rosa por las personas que no van a realizar el trabajo que “*les corresponde*”. Si bien Marta reconoce que su participación en la copa se sostiene “*porque Carmen me lo pidió*” y para cumplir con el requisito de contraprestación del plan, también es cierto que cuestiona la manera en que se reparten las obligaciones, que, a su criterio, no es justa: “*Yo no me voy a romper el lomo por esas vagas...yo...yo ya estoy cansada*”, plantea. “*Esas vagas*” son Alicia y Nora, quienes, pese a estar cobrando desde antes, retomaron su actividad en abril y sólo dos veces por semana. Por último, es también el caso de Juana, una señora de alrededor de 45 años, que participa en la copa tres veces por semana a la vez que realiza una capacitación en limpieza para hotelería, en el marco de cursos de capacitación que da la Gerencia de Empleo y Capacitación Local¹⁰.

9 Si bien el plan JJH depende del gobierno nacional, la gente refiere a quien “le da” el plan como aquella institución donde contraprestan, lo que pone en el centro del análisis a las mediaciones. Las autoridades hablan de “*municipalizar*” el plan, cuando un beneficiario pasa a contraprestar para la delegación.

10 La GECAL, dependiente del MTSySS, paga \$50 por mes a quienes asisten a este tipo de capacitaciones, con el objetivo de promover la formación en ciertos oficios (entrevista a funcionario de GECAL, octubre 2008).

Los criterios que expresan la obligatoriedad o no de las actividades dan cuenta de disputas que no están para nada saldadas dentro de la organización. En un principio, Rosa pasaba la firma de asistencia de esas personas a las planillas¹¹, más allá de si éstas participaban o no. Para ella, esas personas eran “*recursos pendientes para el día en que se abra el comedor*” y ésta era su manera de “*no perderlos*”. Sin embargo, esta flexibilidad no es un criterio acordado en la organización. Para Marta, la participación es un trabajo: la responsabilidad está marcada por la puntualidad del horario de llegada y por su presencia cotidiana allí, más allá de las tareas pendientes para hacer en su casa¹².

Esta concepción de la contraprestación como trabajo entra en tensión con la ambigüedad con que desde la delegación se tramitan las asistencias. Por un lado, los beneficiarios deben cumplir con la formalidad de la firma de planillas. “*Yo llevo con la que firman hoy. Si esta chica Alicia no viene, que después vea en la delegación. Yo no los puedo hacer firmar una vez por toda la semana. Porque si lo hago, mi tío me agarra del cogote*”, plantea la sobrina del delegado, quien oficia de vínculo entre la copa y la delegación para el control de asistencias. Por otro, presentan maleabilidad para algunos casos: quienes vienen desde barrios alejados y pagan transporte, sólo contraprestan dos veces por semana. “*Acá no estamos pidiendo que trabajen todos los días, estamos pidiendo que colaboren con una copa de leche, dos veces por semana,*” dice una funcionaria de la delegación. Los criterios de asistencia oscilan entre el permanente control de las asistencias y la flexibilidad de las formas de cumplimiento con las tareas, que se expresa en el modo en que traducen la participación: como *colaboración*, y no como responsabilidad laboral.

Desentrañaremos una serie de discusiones que estas situaciones dejan entrever. En principio, debemos comprender la participación de las personas en estos espacios a partir de las vivencias que se establecen allí, por las expectativas y obligaciones mutuas (Quirós 2006 a: 85). Éstas no se enmarcan en reglas explícitas de funcionamiento de la copa, ni en un régimen estricto establecido por la reglamentación del plan social. Como advierte Manzano (2007: 61) muchas de las obligaciones que se establecen alrededor de los planes sociales no son

11 Formalmente, la asistencia a las tareas de contraprestación se registra en planillas que los beneficiarios firman diariamente.

12 Un día Marta incluso falta a otra reunión en la que esperaba poder conseguir chapas para su casa para no ausentarse de la copa; asimismo, otro día en que no pudo acudir debido a una urgencia médica, solicitó permiso a la delegación.

parte constitutiva de la formalidad de la política social, sino de la trama relacional en la que los beneficiarios se encuentran inmersos: en este caso, las mujeres se vinculan por una cadena de compromisos “*con Rosa*”, “*con el comedor y los años que hace que estoy viniendo*”, y también, como profundizaremos, “*con los chicos*”. A su vez, los acuerdos presentan conflictos, especialmente a partir de la interferencia de la autoridad de la delegación para controlar y regular las actividades.

En otro sentido, se observan diferentes concepciones acerca de la noción “trabajo”. A partir de los cambios en el contexto de sociabilidad dado por las políticas neoliberales, los espacios de trabajo se alejan del ideal de trabajo regulado que integró históricamente a las clases populares y es en este contexto que las tareas de contraprestación se significan como responsabilidades laborales. A su vez, los modos que adopta el trabajo lejos están de escindir la esfera laboral de la vida familiar. Si dicha distinción fue producto del error epistemológico de trasladar al análisis de la vida cotidiana una lógica capitalista que diferencia a la vida en las esferas de familia, trabajo y consumo—propio de una mirada eurocéntrica y occidental— (León Vega 2000), la coyuntura específica de nuestro país marcada por la problemática del desempleo quiebra la división entre espacios de producción y reproducción, ya que el trabajo pasa a ser un problema propio de la reproducción (Grimson, 2005: 10). Así, los espacios de organización en el barrio constituyen un sistema de administración de programas de empleo y la organización de un proceso de trabajo (“*trabajar con planes*”) que recuperó pautas del mundo laboral pero insertas en tramas domésticas y barriales (Manzano 2009).

De esta manera, privilegiamos la cotidianidad como herramienta metodológica por su potencialidad heurística frente a los trabajos que han tendido a disociar los ámbitos de relaciones en un espacio privado y un espacio público, generalmente otorgando una valoración positiva a este último. Con ello, reintroducimos las críticas a los enfoques que analizan los espacios de protesta como compartimento estanco de la vida de las organizaciones, dejando en el terreno de la presunción las múltiples redes que configuran la trama política de las organizaciones.

“*Hacer política*” en (y a través de) la copa

La política es pensada, vivida, sentida, significada, configurada diariamente en el barrio. Una de las dinámicas políticas se establece respecto de la

omnipresencia del delegado quien, más allá de su presencia física, es una figura nombrada y reconocida por todas aquellas personas que circulan por la copa, y se refuerza a su vez por María, su sobrina, quien media entre “su tío” y la copa en aquellas cosas que necesitan. Si bien María reconoce esta relación “*de favor*” basada en el vínculo familiar, demanda una paga por ello y se encuentra a la espera de un plan o de entrar en una cooperativa, como retribución a las tareas que realiza ahora que “*está en campaña*”¹³. Rosa tampoco está alejada de las controversias de la política partidaria: su nuera convoca gente para un acto, porque se presenta como candidata a concejal. Por su parte, Dora también será candidata a concejal. María y Rosa muestran así algunos elementos en común con la figura de Dora, que condensa, al decir de las mujeres, “lo peor” de la política en el barrio por haber realizado un uso interesado de su posición y de sus vínculos dentro del comedor.

Pero más allá de estos vínculos con el sistema partidario, cabe reiterar que la política no se restringe a estos vínculos ni al período electoral, que aun cuando activa recursos y posibilidades, es breve y da cuenta sólo de un momento de la dinámica política. ¿Qué otras formas de hacer política están presentes en la organización? ¿Qué definiciones menos explícitas pero igualmente constitutivas de la política atraviesan las dinámicas locales en su entramado más fino?

La configuración de proyectos colectivos requiere de un espacio de toma de decisión, de la construcción de consensos (Retamozo 2006). En la copa, los problemas aparecen como asuntos a dialogar y Rosa es la intermediaria con el espacio local de definición de la política constituido por la delegación. Pero una vez en la copa, la discusión acerca de qué hacer, con quién hablar y qué se puede “*conseguir*” adopta la forma de un intercambio de opiniones entre las mujeres que participan: ante la ausencia de momentos extraordinarios de encuentro por fuera de las prácticas que se vivencian cotidianamente allí, la organización existe como colectivo sólo en el espacio-momento de la contraprestación. No hay a lo largo de la semana otro espacio de charla, discusión, reunión, o actividades que ponga a las mujeres en contacto¹⁴. Las discusiones se dejan planteadas durante el momento de trabajo: allí todas hablan, aunque hay en la forma de utilización de la palabra una distribución

¹³ Refiere a la campaña electoral previa a las elecciones legislativas del 28/06/2009.

¹⁴ En las actividades a las que convoca la delegación coinciden en cuanto a su presencia, pero cada una se organiza de manera individual para ir, y en el lugar tampoco se ubican juntas.

implícita de tareas (y con ellas, de poder) que deja entrever el peso diferenciado de cada una dentro de la organización. Así, Rosa le enseña a Verónica el manejo de papeles. Marta acota e intercambia mientras cocina, pero no toca los papeles. Tampoco toma la palabra si se encuentra presente algún actor ajeno a la organización. Sus aportes, críticas y cuestionamientos quedan delimitados al espacio de intercambio propio.

Vemos entonces que los espacios de decisión se constituyen en continuidad con las tareas de contraprestación: el espacio de reunión es el mismo que el de trabajo, la gente también, no se distingue un momento “extraordinario” de la política. Ésta es vivenciada como las relaciones de poder, prácticas sociales y experiencias de vida cotidiana (Vincent, en Grimberg 2009: 84). Ello no equivale a decir, sin embargo, que carece de lógicas y sentidos. Por ello, y siguiendo a Martins (2008) es relevante comprender el conjunto de reciprocidades que se da entre intersubjetividades, como trama de relaciones a partir de las cuales puede pensarse la práctica política. Si el autor piensa la política como el conjunto de reglas ligadas con el estado de derecho; a diferencia de él, en este trabajo indagamos los modos de participación que se sostienen en el complejo acto de dar-recibir y devolver, sean bienes materiales o simbólicos, en tanto que conjunto de reconocimientos que estabilizan relaciones de poder y autoridad en estos espacios y que pueden luego hacerse visibles, con mayor o menor intermitencia, en el espacio público. Veremos a continuación la forma específica que adoptan estas relaciones en el caso que analizamos.

La copa: una forma social

“Durante una charla entre Rosa, Marta, Verónica, Ana y la sobrina del delegado surge un dato importante acerca de la mercadería: las cajas que llegan con alimentos secos desde Desarrollo Social para ser repartidas entre los beneficiarios que se acercan a la delegación o a las copas de leche a retirarlas, traen una caja de leche en polvo. En el reparto, la delegación saca la caja de leche, porque está faltando para las copas. “*Si son 60 familias que reciben mercadería, son 60 cajas de leche. ¿Sabés lo que es todo eso para las copas? Mejor que se las saquen y que no falte leche a las copas, que es más importante. Tampoco se las van a dar y que después las copas se queden sin nada para dar...; lo mismo el arroz, mi tío sabe que se usa para el arroz con leche. Así que tiene cuidado y guarda para que no falte*” dice María. Rosa asiente. Comparte este criterio de reparto: primero abastecer a las copas, luego la leche para las familias”. (Entrada al diario de campo, abril de 2009.)

¿Cuáles son los sentidos de que la leche se entregue mediada por la copa? Estos comentarios nos sugieren que desde la perspectiva de quienes participan en el acto de dar, lo importante no son los recursos en sí mismos, sino “el modo de dar”, el canal de distribución y la particularidad de la copa como forma de asistencia. ¿Cuál es la razón de este modo de distribución de mercadería, que no pasa (solamente) por la satisfacción de la necesidad de alimento, sino que adopta una forma particular? ¿Cuál es la relevancia de sostener el conjunto de interacciones que constituyen la copa, como momento-espacio con fuerte presencia estatal y barrial que articula los vínculos entre la delegación y las familias?

En principio, la “forma copa”¹⁵ funciona como un espacio en el que se desarrolla la contraprestación, reconocido como laboral por muchas de las beneficiarias. A su vez, se presenta como canal trasmisor de una serie de demandas que no podrían trasladarse directamente a la delegación. Éstas no se reducen a la necesidad alimentaria, e incluyen desde listados para obtener vestimenta, hasta el modo de conseguir chapas, documentos, pañales, medicamentos y “el plan”, que permita paliar la situación de marginalidad de los vecinos. Dar respuesta a estas expectativas es posible en tanto los canales de transmisión de demandas así como los que ofrecen respuestas se multiplican. Por último, en el marco de estas relaciones las expectativas no son infinitas. La burocratización de los canales de reparto, la proliferación de planillas o la lógica de “papeles” (Ferraudi Curto 2006b) comportan una manera de visibilizar y legitimar ante el Estado un conjunto recortado de demandas, es decir, que el Estado (en la figura del intendente, del delegado, de María, la sobrina del delegado y hasta del lugar ambiguo de la encargada de la copa) registra de manera controlada las demandas “posibles”.

Podemos pensar entonces una serie de razones que vuelven efectiva la multiplicación de vínculos “controlada” por sobre la relación directa vecino-delegado. Efectiva para la delegación, en tanto canaliza por caminos múltiples los conflictos. También para los vecinos, quienes prueban recibir algún beneficio extra, en ausencia de un control estricto de la delegación sobre las

15 Retomamos así la categoría de “forma piquete” o “forma acampamento” con que Manzano (2007) y Sigaud (2005) organizan conceptualmente una serie de características presentes en los cortes de ruta y en los campamentos del MST respectivamente. A su vez refieren a la categoría de “forma social” con que Simmel (2002: 27-8 [1908]) conceptualiza el modo de vincularse individuos y sociedad, como relaciones que se convierten en formas y formas que constituyen relaciones (Manzano 2007: 45).

entregas de cada copa. Si a la par del proceso de desafiliación (Castel 1997) se profundiza la multiplicación de pertenencias de las personas con respecto a las organizaciones que existen a nivel barrial –de manera de poder ampliar las vías de acceso a la satisfacción de necesidades (Quirós 2006b y Merklen 2005)–, estos mecanismos de mediación se constituyen en una zona gris vivida como la oportunidad de conseguir “*algo más*”. Pero además, para quienes auspician de mediadores en esa relación. Las encargadas (la mayoría de ellas son mujeres) que las gestionan transitan diferentes lugares de poder y de reconocimiento dentro de la organización y hacia el barrio en el transcurso de sus disputas, que se manifiesta en el sueño más o menos explícito de “la copa propia”. Así, se organiza un tendido de redes que facilita el vínculo entre unos y otros.

Observamos entonces que la política social, con sus agentes, sus determinaciones y objetivos no se incorpora de manera unívoca a la vida de los beneficiarios: el Estado impone decisiones que delimitan los márgenes posibles de acción pero las personas usan las aristas de contingencia de las tácticas para introducir parte del propio mundo en el objeto, en una permanente tensión entre imposición y posibilidad o, en otros términos, entre sujeción y subjetivación (Grimberg 2009: 91). Sin negar las relaciones de dominación que las atraviesan, este énfasis en la posibilidad inmanente de lo indeterminado para resignificar sentidos y (re) construir relaciones, implica reconocer a las prácticas desde su positividad (Merklen 2005; Semán 2006).

Por ello, las relaciones no pueden enmarcarse en el par dicotómico reproducción/cambio social: la presencia de una dimensión de futuro en la cotidianidad se asocia con la capacidad de anticipación y con la intencionalidad que los actores ponen en sus prácticas, y con ello, a la posibilidad de configurar una voluntad colectiva. Es en la noción de “proyecto” –que imbrica tanto las regularidades que se van sedimentando en la estructura como también la apertura hacia la contingencia– que converge el espacio-momento de lo cotidiano en su triple temporalidad pasado-presente-futuro: la experiencia histórica conjuga aquello sometido a regularidad con la capacidad de construir lo objetivamente posible, que no necesariamente lo está (Zemelman, 1992: 35). Pero lo interesante es que esta disputa por los sentidos del futuro no se hace explícita: aun cuando está presente en los tramos reconstruidos hasta aquí, su carácter específicamente político es negado por los propios sujetos que la llevan adelante.

“*Todo por los chicos*”: un horizonte colectivo polisémico

¿Cómo es posible que un conjunto de relaciones que emergen de modo conflictivo, cuyas regulaciones están en permanente disputa, se articulen en un objetivo compartido que se ha sostenido durante años? Algunas tensiones se relacionan con las diferentes maneras en que las mujeres comprenden su participación en la organización, que se transfigura en una escala de reconocimientos y jerarquías. A su vez, los criterios de reparto de los alimentos son otro elemento de disputa: en un contexto de necesidades crecientes y recursos escasos, las negociaciones para el reparto de la mercadería que llega a la copa requieren una reactualización permanente de los criterios y prioridades con que esto se realiza, en tanto no se encuentran formalizados ni estatuidos de manera unívoca.

Frente a estos conflictos, la incertidumbre siempre abierta del presente es momentáneamente estabilizada. Desde nuestra primer visita, Rosa remarca que su compromiso “*es con los chicos*”, y que está en la copa “*para trabajar por ellos*”. Asimismo, cuando le consultamos a Verónica si había intentado pasar su plan a otra copa, debido a los conflictos que últimamente existían entre ella y Rosa, afirmó: “*Yo no quiero ir a trabajar a otra copa. Yo ya me acostumbré acá. Conozco a los chicos y los chicos me conocen*”. Tal como afirma la sobrina del delegado: “*Eso es lo que dice mi tío. El hace todo por los chicos, todo lo que tenga al alcance de la mano. El lo que pueda hacer por la gente pobre, por la gente que necesita...*”. Otro día, será ella quien llegue con una bolsa de turrones, y sonriendo a Verónica dirá: “*Mirá lo que conseguí... para los chicos*”.

En el funcionamiento cotidiano de la copa, los niños adoptan un papel que los excede como receptores de asistencia alimentaria, y en cambio sostienen un lugar de transmisores de las decisiones de la política local hacia sus familias, que a su vez son integradas a algunas políticas municipales a través del lugar que tienen los niños como población objetivo. Actividades de recreación, juegos infantiles, inauguraciones de plazas en el barrio interpelan a los niños como destinatarios pero a su vez requieren de ellos un papel activo para garantizar que se cumplan la serie de requisitos burocráticos que requieren las autorizaciones que, por tratarse de niños, deben gestionar permanentemente con los padres para participar de las actividades. Así, transportan papeles, memorizan indicaciones, aceptan y aprenden la urgencia de llevar y traer documentación; preguntan sin cuestionar y reciben explicaciones.

Pero esta demanda no es sólo respecto de las actividades que los tienen por objeto. Son ellos también los encargados de transmitir a los padres información acerca de los períodos de reempadronamiento de planes, cuyo aviso realiza la delegación puntualmente cada mes de marzo a través de carteles que pega en la puerta del comedor, lugar al que los adultos no tienen acceso, ya que los niños van a la copa por su cuenta. En otro caso, desde la delegación se le pide a Rosa que los convoque para la inauguración de la plaza del barrio. Entonces, Rosa le pide a Marta si puede “conseguir” chicos para el acto. Marta pregunta si les van a dar algo a los chicos “Sí, *chupetines y esas cosas*” responde Rosa. “Ah, no, porque después preguntan y van a ir a ver qué hay. Así les digo”. Observamos cómo los chicos son interpelados en tanto que pequeños actores que dinamizan la actividad política barrial.

A lo largo de nuestro recorrido, se va desentramando el sentido múltiple que la expresión “por los chicos” tiene para cada persona que la menciona, y cómo permite jugar de manera ambigua con la (des)politización de las actividades que allí transcurren. Aunque como noción legitimadora (Manzano 2007: 106) permite la confluencia en actividades comunes, no contiene en sí misma ni de manera cerrada un sentido único, sino que es una noción que se actualiza permanentemente según la persona y el contexto en el que se menciona. Si las acciones parecen coincidir en cuanto a su referente, ¿qué significa este horizonte común así definido que no es puesto en duda por ninguno de los participantes?

En primer lugar, es “por los chicos” (o gracias a ellos), que la copa se sostiene y es posible la continuidad del espacio de contraprestación: la presencia de los niños es fundamental para justificar cualquier acción que se lleve a cabo en la copa, que perdería su razón de ser sin ellos. En segundo lugar, emerge como justificación para la constitución de la política local, de una manera que paradójicamente—o de modo estratégico—niega el carácter político de estas intervenciones. Para empezar, no es casual que el proyecto ancle su dimensión utópica en un sujeto social que está estrechamente vinculado con el porvenir: no hay otra categoría social tan vinculada con un horizonte futuro como la de infancia. Pero además, la presencia de los niños condensa un conjunto de sentidos, generalmente asociados con una imagen de neutralidad, ingenuidad y despolitización. Tal como afirma Milstein (2009: 170), desde una perspectiva adultocéntrica se ha restringido la política al ámbito de los adultos, mientras que la infancia es asociada con una imagen de pureza opuesta a aquélla. Este

detalle no es menor en un contexto en que la actividad política fue, como ya dijimos, separada del trabajo orientado a “lo social”, que legitimó así la participación de los vecinos en la política local, desplazando a los referentes políticos que quedaron asociados con prácticas corruptas.

Si el conjunto de conflictos presentes en la copa puede velarse detrás de este objetivo común, creemos que esto se debe en parte a que la referencia a la niñez y las prácticas que se realizan en su nombre, en tanto definidas como no políticas, permeabilizan eficazmente la entrada y coexistencia de un conjunto de posiciones e intereses diferenciados. Recordemos que a partir de la reconstrucción de un pasado común –articulado como “memoria”– con una perspectiva de futuro o “utopía”, es posible la convergencia en un proyecto colectivo (Valencia 2007: 79). Del pasado, se recupera la trayectoria de un esfuerzo común de los vecinos para sostener las actividades frente a la adversidad social, climática y política, así como la necesidad de diferenciarse de una utilización indebida (o “*utilización política*”, tal como la definen) que se ha hecho del comedor. Hacia el futuro, se construye un horizonte colectivo orientado a “*estar mejor*”, a “*trabajar para el barrio*” pero cuyo mayor exponente es el lema de trabajar “*por los chicos*”. Situados en la cotidianidad, podemos comprender la convergencia entre elementos individuales –que no incluyen solo la vida unipersonal, sino las relaciones que se establecen a nivel familiar, vecinal, grupal en general (Zemelman 1992)– y colectivos, donde se ponen a jugar horizontes compartidos, y que refieren a una temporalidad situada en el futuro.

Reflexiones finales

La reconstrucción realizada hasta aquí nos permite ensayar una serie de reflexiones acerca de la política y de cómo los espacios de contraprestación sintetizan vínculos e intereses de múltiples actores. A lo largo del artículo, vimos que la presencia estatal en los espacios de sociabilidad local a través de la gestión de planes de empleo produjo una serie de transformaciones: en principio, reconfiguró las relaciones entre espacio privado y público, a partir de la redefinición de la noción de “trabajo”; en segundo lugar, con la burocratización de los canales de demanda el Estado (en sus diferentes niveles) controla por momentos de manera eficaz la emergencia de posibles nudos de

conflicto y legitima modos de vincularse con los sectores populares; en tercer lugar, la gestión de planes abrió nuevos canales de disputa en los espacios de organización locales: los planes y sus significaciones.

No obstante ello, en la medida en que los planes se gestionan en espacios de sociabilidad que tienen su historicidad, sus disputas y trayectorias, la política social no sigue sólo la temporalidad unívoca que marcan sus requisitos y reglamentaciones, sus agentes, sus determinaciones y objetivos, sino que se sumerge en otros ritmos y es tramitada desde significaciones que la exceden. En el trabajo se pone de manifiesto que las dinámicas organizacionales que se establecen en los espacios de contraprestación laboral imbrican tramas sociales donde juegan temporalidades múltiples: los ritmos de la política estatal nacional, la presencia de la delegación, el ritmo escolar (una institución con la cual los chicos se “comparten”), el período electoral, las variaciones meteorológicas, la temporalidad barrial con los vínculos que emergen de esta cercanía (afecto, desconfianza, reconocimiento, amistad), la temporalidad de la intimidad de las personas que circulan por allí, así como la posibilidad de constituir un proyecto colectivo que, sostenido en un pasado común, articule instancias que miren al futuro desde una posibilidad comunitaria.

Finalmente, cabe reintroducir el problema de aquellos trabajos que, como menciona Quirós (2006 b) otorgan a la mediación Estado/beneficiarios un lugar fundamental que jerarquiza el vínculo población/Estado, por sobre el que se construye entre los beneficiarios y la organización. Si bien el Estado es, como oferente de recursos, una figura central en la determinación de la política social, en los modos en que las personas circulan por las organizaciones y significan su participación en éstas, la presencia estatal muchas veces se diluye y lo que prevalece es el vínculo que las personas construyen directamente en la organización día a día. Con ello decimos que si bien la política social se constituye *con* el Estado, el espacio-momento de la contraprestación laboral se vuelve analíticamente relevante en sí mismo para estas organizaciones, en tanto para muchas de ellas es el único momento en el que existen como colectivo organizado.

Esta preocupación no invalida, sin embargo, el interrogante acerca del alcance de estos modos de participación y las limitaciones que se generan en dichos espacios a la hora constituir sujetos capaces de articular con otros en un proyecto más amplio, en particular debido a las implicancias de modificar el referente de “lo público” de la acción: no se demanda en la esfera pública,

sino que la acción queda referida al barrio, a lo local. Ahora bien, si no puede hablarse en este caso de un sujeto colectivo ya conformado, sí pueden identificarse espacios donde podría potenciarse y concretarse una voluntad. Estas interacciones dan cuenta de formas particulares de politicidad de subjetividades subalternas que constituyen redes latentes para la emergencia de otras subjetividades en coyunturas específicas. Así, debemos pensar en modos de organización que más allá de que no realizan una acción directa sobre el sistema político, crean al Estado en sus diferentes niveles, constituyen vínculos con él, tienen expectativas respecto de su acción y le adjudican una serie de responsabilidades. En esos intersticios se (re)significan las relaciones de autoridad, legitimidad y orden, con la particularidad que se presenta aquí: que estas prácticas son negadas en su carácter político a través de la justificación colectiva de que se realizan “*por los chicos*”.

A modo de cierre, una última reflexión. A lo largo del trabajo, orientamos nuestra tarea a reconstruir los modos de pensar específicos que configuran la cultura política de las subjetividades subalternas así como las categorías afectivas que constituyen su experiencia, teniendo en cuenta que, en contextos históricos específicos, conjugan acciones que pueden dar continuidad a sus experiencias históricas así como origen a otras nuevas. Sostenemos que abrir el interrogante acerca de cómo se entraman las experiencias de organización de —en este caso— los sectores populares, desde una mirada que incorpora una variedad de elementos que presentan, si no total indeterminación, al menos un carácter de incertidumbre como siempre abierta posibilidad, constituye un esfuerzo por pensar las prácticas políticas evitando un ejercicio de mera teorización sobre aquéllas.

Bibliografía

- ACUÑA, CARLOS, ELIZABETH JELIN y GABRIEL KESSLER (2006) “Introducción. Pensando las relaciones sociales locales” en Jelin *et al.* (2006) *Políticas sociales y acción local. 10 estudios de caso*, Bs. As., IDES.
- AUYERO, JAVIER (2001) *La política de los pobres*. Bs. As., Manantial.
- BARATTINI, MARIANA (2003). “Los programas de emergencia ocupacional y las organizaciones de desocupados: una relación conflictiva”, 6° Congreso Nacional de Ciencia Política de la SAAP, 5 al 8 de noviembre.

BIDASECA KARINA (2004). “Vivir bajo dos pieles”: En torno a la resignificación de las políticas sociales y las complejidades del vínculo con el estado. El Movimiento de Trabajadores de Solano”. Informe final, CLASPO-IDES.

CASTEL ROBERT (1997). *La metamorfosis de la cuestión social: Una crónica del salariado*, Bs. As., Paidós.

CORTÉS, ROSALÍA, GROISMAN FERNANDO y AUGUSTO HOSZOWKI (2004). “Transiciones ocupacionales: El caso del Plan Jefes y Jefas” en *Realidad Económica* N° 202, pp. 1-17.

DELAMATA, GABRIELA y MELCHOR ARMESTO (2005). “Construyendo pluralismo territorial. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires en la perspectiva de sus bases sociales” en Delamata (comp.) *Ciudadanía y Territorio. Las relaciones políticas de las nuevas identidades sociales*, Bs. As., Espacio.

FERRAUDI CURTO, MARÍA CECILIA (2006a). “*Mientras tanto*”: *Política y modo de vida en una organización piquetera*”, Tesis de Maestría, IDAES/IDES, Bs. As.

____ (2006b) “Lucha y papeles en una organización piquetera del sur de Buenos Aires” en Míguez, Daniel y Pablo Semán (eds.) *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Bs. As., Biblos.

—— (2009). “Trabajo barrial, reconocimiento y desigualdad en Lomas de Zamora, 1990-2005” en Grimson, Ferraudi Curto y Segura (comps.) *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*, Bs. As., Prometeo.

GÓMEZ, MARCELO (2007). “Organización y acción colectiva” en Villanueva Ernesto y Astor Massetti (comps.) *Movimientos sociales y acción colectiva en la Argentina de hoy*, Bs. As., Prometeo.

GRIGNON C. y PASSERON, J. C., (1989) *Lo culto y lo popular: miserabilismo y populismo en la sociología y en la literatura*. Bs. As., Nueva Visión.

GRIMBERG, MABEL (2009). “Poder, políticas y vida cotidiana. Un estudio antropológico sobre protesta y resistencia. Estudio antropológico sobre protesta y resistencia social en el área metropolitana de Buenos Aires” en *Revista de Sociología e Política*, V. 17, N° 32, febrero. Disponible en <http://www.scielo.br/pdf/rsocp/v17n32/v17n32a06.pdf>

GRIMSON, ALEJANDRO (2003). “La Vida Organizacional en Zonas Populares de Buenos Aires-Informe Etnográfico”. Instituto para el Desarrollo Económico y Social Working Paper Series 02, Montevideo, enero.

—— (2005) “Las organizaciones de desocupados en Buenos Aires y los límites de la imaginación política”. Trabajo presentado en el Congreso Latinoamericano de Antropología, Rosario, julio.

- GUIMENEZ, SANDRA y CARLA ZIBECCHI (2005) “El sentido del trabajo y la subjetividad de los ‘beneficiarios’. Desafíos para futuras orientaciones en materia de políticas sociales”. *7º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo: Nuevos escenarios en el mundo del trabajo: ruptura y continuidades*, ASET. Bs. As.
- HELLER, ÁGNES (2002 [1977]). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona, Península.
- LENGUITA, PAULA (2001) “Los desafíos teóricos de la identidad piquetera”, disponible en <http://www.ceil-piette.setcip.gov.ar/docpub/ponencias/lenguaitapiq.html>
- LEÓN VEGA, EMMA (1997). “El magma constitutivo de la historicidad” en León, Emma y Hugo Zemelman (coords.) *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*, México, Antrophos, CRIM.
- (2000) “El tiempo y el espacio en las teorías modernas sobre la cotidianidad”, en Lindón, Alicia (comp.) *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*. Barcelona: Anthropos/ Colegio Mexiquense/ CRIM-UNAM.
- LINDÓN VILLORIA, ALICIA (2000). “Del campo de la vida cotidiana y su espacio-temporalidad (una presentación)” en Lindón, Alicia (comp.) *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*. Barcelona, Anthropos/ Colegio Mexiquense/ CRIM-UNAM.
- MANZANO, VIRGINIA (2007) *De la Matanza Obrera a Capital Nacional del Piquete: Etnografía de procesos políticos y cotidianos en contextos de transformación social*. Tesis de Doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- (2009) “Un barrio, diferentes grupos: Acerca de dinámicas políticas locales en el distrito de La Matanza” en Grimson, Ferraudi Curto y Segura (comps.) *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*, Bs. As., Prometeo.
- MARTINS, PAULO HENRIQUE (2008). “La teoría democrática y las bases anti-utilitaristas de la asociación”. *Revista Argentina de Sociología* [online]. mayo/jun. vol.6, no. 10. Disponible en <http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1669-32482008000100003&lng=es&nrm=iso>.
- MASSETTI, ASTOR (2004) *Piqueteros. Protesta social e identidad colectiva*, Bs. As., Editorial de las Ciencias/FLACSO.
- MASSEY, DOREEN (2005) “La filosofía y la política de la espacialidad: algunas consideraciones” en Leonor Arfuch (comp.) *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*. Bs. As., Paidós.
- MERKLEN, DENIS (2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina 1983-2003)*, Bs. As., Gorla.

- MILSTEIN, DIANA (2009). *La Nación en la escuela. Viejas y nuevas tensiones políticas*. Bs. As., Miño y Dávila.
- MURILLO SUSANA (2002). “La cuestión social en Buenos Aires. La condición trágica de los sujetos” en Murillo (comp.) *Sujetos a la incertidumbre. Transformaciones sociales y construcción de subjetividad en la Buenos Aires actual*. Bs. As., Centro Cultural de la Cooperación.
- QUIRÓS, JULIETA (2006 a). *Cruzando la Sarmiento. Una etnografía sobre piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires*. Bs. As., Antropofagia.
- (2006b). “Políticas sociales y movimientos piqueteros: análisis de un universo de obligaciones recíprocas en el sur del Gran Buenos Aires”. En: 25a Reunión Brasileira de Antropologia, Goiania.
- RETAMOZO, MARTÍN (2006)- *El movimiento de trabajadores desocupados en Argentina. Subjetividad y acción en la disputa por el orden social*. Mimeo. Tesis de Doctorado. FLACSO, México.
- ROBLES, FERNANDO (2000) *El desaliento inesperado de la modernidad*. Ed. Ril, Chile.
- ROSSI JULIETA, LAURA PAUTASSI y LUIS CAMPOS (2003). “¿Derecho social o beneficio sin derechos? Plan Jefes y Jefas”. CELS- Centro de estudios legales y sociales, Bs. As., Documento de trabajo.
- SCHUTZ, ALFRED y THOMAS LUCKMANN (1973 [2003]). *Las estructuras del mundo de la vida*, Bs. As., Amorrortu.
- SEMÁN, PABLO (2006). “Introducción” en *Bajo Continuo: exploraciones descentradas sobre cultura popular y masiva*. Editorial Gorla, Bs. As.
- SIGAUD, LYGIA (2005) “As condições de possibilidade das ocupações de terra”, en *Tiempo social*, v. 17, N° 1, junio. Disponible en <http://www.scielo.br/pdf/ts/v17n1/v17n1a10.pdf>
- SIMMEL, GEORG (2002 [1908]) *Sobre la individualidad y las formas sociales*, Bs. As., UNQUI.
- SVAMPA MARISTELLA y SEBASTIÁN PEREYRA (2003). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Bs. As., Biblos.
- SVAMPA, MARISTELLA (2005). *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Bs. As., Taurus.
- THOMPSON, EDWARD P. (1979 [1989]). “La sociedad inglesa del siglo XVIII: ¿Lucha de clases sin clases?” en *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica.
- VALENCIA GARCÍA, GUADALUPE (2007). *Entre cronos y kairós. Las formas del tiempo sociohistórico*. Barcelona, Rubí: Anthropos; México, UNAM- Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.

— y ZEMELMAN, HUGO (1990) “Los sujetos sociales, una propuesta de análisis”. *Acta sociológica*, vol III, N° 2, Facultad de Ciencias políticas y sociales, UNAM.

VOMMARO, GABRIEL (2006). “‘Acá no conseguís nada si no estás en política’. Los sectores populares y la participación en espacios barriales de sociabilidad política”. En *Anuario de Estudios en Antropología Social*, Bs. As., IDES.

VOMMARO, PABLO (2003). “La producción y las subjetividades en los movimientos sociales de la Argentina contemporánea: el caso del MTD de Solano”. *Informe final del concurso: Movimientos sociales y nuevos conflictos en América Latina y el Caribe*. Programa Regional de Becas CLACSO.

ZEMELMAN, HUGO (1992). *Los horizontes de la razón*. Madrid, CRIM-Anthropos.